



Benediciré las casas en las que mi imagen sea expuesta y venerada.
¡Sagrado Corazón en Vos confío!

Sagrado Corazón de Jesús peregrino

«Estuve enfermo y me visitasteis».

Mt 5, 34

Índice

Introducción	1
Momentos de oración	3
Recibimiento	3
Estancia de la Capilla con la imagen del Sagrado Corazón de Jesús	5
Despedida	7

Introducción

¿Por qué a mí? Es la pregunta insidiosa que se plantea cuando el dolor, en cualquiera de sus formas, nos visita. Un dolor agudo, persistente, que va minando las fuerzas y zarandea las bases de nuestra existencia. ¿Por qué a mí? ¿Vale la pena seguir viviendo? ¿Existe una esperanza? ¿Podré encontrar consuelo? ¿Cuándo acabará esto? Las preguntas podrían multiplicarse, y para cada uno tienen un perfil peculiar. ¿Por qué? Seguramente es muy difícil encontrar una respuesta satisfactoria a estos interrogantes, pues lo que aplaca la inteligencia no siempre llena el corazón.

Por este motivo quizá sea más sensato preguntarse ¿para qué?, porque se amplía el horizonte y no solamente se arrastran resignadamente las enfermedades y las penas, sino que la propia realidad frágil, vulnerable y limitada se une al Señor. Sufrir y llorar como apóstoles da sentido y finalidad a las propias penas. Una lágrima vertida con amor y ofrecida al Sagrado Corazón puede convertir a muchos pecadores. “Acuérdate de Jesucristo”, dirá san Pablo. Y este recuerdo, lleno de amor, unido a la pasión del Señor, es como la gota de agua que el sacerdote une al vino en la Misa y que por la potencia del Espíritu Santo se convierte en la Sangre preciosa de Jesús, ofrecida para la salvación del mundo. “Se os ha concedido, gracias a Cristo, no solo el don de creer en él, sino también el de sufrir por él”, decía san Pablo (Filipenses 1, 29). Y san Pedro añade: “Estad alegres en la medida que compartís los sufrimientos de Cristo, de modo que, cuando se revele su gloria, gocéis de alegría desbordante” (1 Pedro 4,13).

Aquí encontramos la respuesta al interrogante que lacera nuestras vidas: compartir los sufrimientos de Cristo. Porque el Señor entró en la pasión y la muerte por nosotros y por nuestra salvación. Por medio del sufrimiento y de su entrega hace posible que el hombre tenga vida eterna. Porque tanto amó Dios al mundo que entregó a su propio Hijo. Él, que era inocente, cargó con los sufrimientos de todos, para el perdón de los pecados. Y desde ahí descubrimos que en nuestro dolor no estamos solos, y que todo lo que nos acontece, también aquello que nos hiere en lo más hondo, tiene un sentido. Podemos, desde el amor al Señor, vivir unidos a Él, y de

este modo nuestro dolor, nuestro sufrimiento, adquiere un valor redentor: por la salvación del mundo. Nuestro dolor y nuestro sufrimiento, unidos a Cristo, adquieren una dimensión eterna. San Juan Pablo II escribió unas palabras muy iluminadoras sobre esta realidad: “El Redentor ha sufrido en vez del hombre y por el hombre. Todo hombre tiene su participación en la redención. Cada uno está llamado también a participar en ese sufrimiento mediante el cual se ha llevado a cabo la redención”.

San Claudio de la Colombiere, estando enfermo, en una carta a Santa Margarita, le comenta su debilidad extrema y le recuerda que “Hace mes y medio que fui a verla y me dijo que Nuestro Señor le había dicho que si yo tenía salud le glorificaría por mi celo, pero que estando enfermo Él se glorificaba en mí”. Este pensamiento comunicado por Jesús a la Santa muestra la importancia de la aceptación de la enfermedad, porque en ésta se produce una mayor y mejor glorificación pasiva operada por el Señor en el enfermo con su enfermedad, que la glorificación activa que le pudiese ofrecer por el trabajo cotidiano teniendo salud.

“Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré” (Mateo 11, 28). El cristiano no sufre solo, tiene un Cirineo que lleva con él su Calvario y sus cruces. Este Cirineo es el Amigo que nunca falla, Jesús. y como él bebe del cáliz del Rey Crucificado, y lo bebe con amor, así también el Señor, a su vez, paga con consuelos y con especial fortaleza al amigo de su Corazón. Jesús es el alma de resistencia del enfermo: éste sufre y Cristo sostiene.

Dios es sensible a nuestras plegarias y un corazón contrito y humillado no lo desprecia (Salmo 51, 19). El mejor modo de curarnos de las heridas del alma, provocadas por nuestro pecado, es la aceptación de la enfermedad, siendo ésta el primer paso para la sanción del alma, y la curación de nuestras enfermedades. Por lo que, oremos insistentemente al Padre como Jesús nos enseña, sabiendo que estamos en sus manos, aceptando su Voluntad, disfrutaremos de su Paz en el Corazón y de su Amor. Amor manifestado a través de las personas que nos pone a nuestro lado.

Momentos de oración

1. Recibimiento

En el día y hora convenidos la persona enferma, junto con sus familiares, recibe la capilla con la imagen del Sagrado Corazón de Jesús. Quien lleva la capilla a la casa dirige las preces que van a continuación. Los presentes responden con lo que va precedido por R./.

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

R./ Amén.

El Sagrado Corazón de Jesús viene a visitar esta casa, evocando lo que en una ocasión dijo a Zaqueo: “Es necesario que hoy me quede en tu casa”. Dispongámonos para recibirle, deseando agradecerle en todo.

Evoquemos con el Apóstol Pablo el gran misterio de Dios, realizado en Cristo, en la plenitud de los tiempos.

Bendito sea Dios,
Padre de nuestro Señor Jesucristo,
que nos ha bendecido en la persona de Cristo
con toda clase de bendiciones espirituales y celestiales.

R./ Bendito sea Dios en Cristo.

Él nos eligió en la persona de Cristo,
antes de crear el mundo,
para que fuésemos santos
e irreprochables ante él por el amor.

R./ Bendito sea Dios en Cristo.

Él nos ha destinado en la persona de Cristo,
por pura iniciativa suya,
a ser sus hijos,

para que la gloria de su gracia,
que tan generosamente nos ha concedido en su querido Hijo,
redunde en alabanza suya.

R./ Bendito sea Dios en Cristo.

Por este Hijo, por su sangre,
hemos recibido la redención,
el perdón de los pecados.
El tesoro de su gracia, sabiduría y prudencia
ha sido un derroche para con nosotros,
dándonos a conocer el misterio de su voluntad.

R./ Bendito sea Dios en Cristo.

Éste es el plan
que había proyectado realizar por Cristo
cuando llegase el momento culminante:
recapitular en Cristo todas las cosas
del cielo y de la tierra.

R./ Bendito sea Dios en Cristo.

SÚPLICA DE LA PERSONA ENFERMA

Quien recibe la capilla dice:

Sagrado Corazón de Jesús, que pasaste por la vida haciendo el bien y curando a los oprimidos por el mal, te recibo hoy en mi casa dándote gracias porque te has dignado venir a ella. Como la hemorroísa que tocó el borde de tu manto, como el leproso que te dijo: “Si quieres, puedes limpiarme”, como el ciego que te pidió: “Señor, que vea”, y como tantos otros que sintieron tu ternura y tu compasión eficaz, me acerco a ti, sabiendo que no quedaré defraudado(a). Tus heridas nos han curado. Te pido la gracia de aceptar siempre tu voluntad, sabiendo que todo lo dispones para mi bien. Estoy afligido(a), Señor; sácame de mi angustia. Sana mi cuerpo, si entra dentro de tus planes, y conforta mi alma. Permíteme descansar en la herida abierta de tu Corazón, para que pueda experimentar tu amor y tu consuelo, y cantar siempre tu misericordia. Amén.

Nos dice el Señor: “Aprended de mí, que soy manso y humilde de Corazón”.

R./ Y hallaréis descanso para vuestras almas.

Oh, Dios, que en el Corazón de tu Hijo, herido por nuestros pecados, te has dignado regalarnos misericordiosamente infinitos tesoros de amor, te pedimos que, al rendirle el homenaje de nuestra piedad, manifestemos también una conveniente reparación. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R./ Amén.

Bendigamos al Señor.

R/. Demos gracias a Dios.

2. Estancia de la Capilla con la imagen del Sagrado Corazón de Jesús.

Se aconseja dirigirse diariamente al Sagrado Corazón de Jesús con una de las dos novenas que a continuación se indican, concluyendo con la plegaria “Corazón abierto” y, si se desea, las letanías del Sagrado Corazón.

NOVENA AL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

¡Oh Jesús mío!, que dijiste: en verdad os digo: “Pedid y recibiréis buscad y encontraréis, llamad y se os abrirá”.

Confiado en tu Palabra divina, llamo, busco y pido la gracia...

Padre Nuestro, Ave María y Gloria.

Sagrado Corazón de Jesús, en vos confío.

¡Oh Jesús mío!, que dijiste: “En verdad os digo, todo lo que pidáis al Padre en mi nombre, Él os lo concederá”.

Confiado en tu Palabra divina, pido al eterno Padre en tu Nombre la gracia...

Padre Nuestro, Ave María y Gloria.

Sagrado Corazón de Jesús, en vos confío.

¡Oh Jesús mío!, que dijiste: “En verdad os digo, los cielos y la tierra pasarán, mas mis palabras no pasarán.

Confiado en la infalibilidad de tu Palabra divina, te pido la gracia...

Padre Nuestro, Ave María y Gloria.

Sagrado Corazón de Jesús, en vos confío.

Sagrado Corazón de Jesús, infinitamente compasivo con los desgraciados, ten piedad de nosotros, pobres pecadores, y concédenos las gracias que te pedimos por medio del Inmaculado Corazón de María, nuestra tierna Madre.

San José, padre adoptivo del Sagrado Corazón de Jesús, ruega por nosotros.

NOVENA DE CONFIANZA AL CORAZÓN DE JESÚS

¡Sagrado Corazón de Jesús, en Ti confío!

Corazón de amor, en Ti pongo toda mi confianza, pues todo lo temo de mi fragilidad, mas todo lo espero de tu bondad.

A tu Corazón confío... (petición).

Míralo todo; después haz lo que tu Corazón te diga. Deja obrar a tu Corazón.

¡Jesús, cuento contigo, me fío de Ti, descanso en Ti, estoy seguro de tu Corazón.

Corazón de Jesús, en Ti confío.

CORAZÓN ABIERTO

Señor Jesús, te doy gracias porque me permites vivir en la confianza de haber conocido tu Corazón.

Tú nunca dejas solos a los que se abandonan a tu Corazón.

Por eso, sabiendo que sin Ti nada puedo hacer, concédeme no tener más preocupaciones que las necesarias, para poder vivir con la confianza absoluta de que Tú todo lo dispones para mi bien.

Tú, que eres un Corazón abierto, sana mi corazón cerrado y ábreme al amor para curar mis heridas de cuerpo y alma.

Ayúdame a que las lanzadas de la vida me abran de par en par, para que de mi corazón brote siempre la esperanza.

Corazón abierto, sencillo en tu vida entregada, ayúdame a vivir siempre con la esperanza de saber que tu amor es en cada momento la alegría de nuestra vida.

Ayúdame a abrir de verdad mi corazón a los demás, para sembrar siempre tu bondad.

3. *Despedida*

En este día despedimos la capilla del Sagrado Corazón de Jesús. Le damos gracias por todos sus beneficios, porque nos ha acompañado durante estos días, porque nos quiere, porque nos perdona. Ha derramado sus gracias sobre nosotros, nos ha dado su consuelo y su amor. Como los discípulos de Emaús, le decimos: “¡Quédate, Señor, con nosotros!”

La persona enferma dice:

Sagrado Corazón de Jesús, salud de los enfermos, tu visita nos ha devuelto la esperanza. Ten misericordia de nosotros.

Sagrado Corazón de Jesús, consuelo de los afligidos, conforta nuestro espíritu. Ten misericordia de nosotros.

Sagrado Corazón de Jesús, fuente de agua viva, sacia nuestra sed de amor. Ten misericordia de nosotros.

Sagrado Corazón de Jesús, refugio de misericordia, ayúdanos a contemplar tu bondad para con nosotros. Ten misericordia de nosotros.

Sagrado Corazón de Jesús, descanso del alma, concédenos bendecir siempre tu providencia. Ten misericordia de nosotros.

Nos dice el Señor: “Aprended de mí, que soy manso y humilde de Corazón”.

R./ Y hallaréis descanso para vuestras almas.

Oh, Dios, que en el Corazón de tu Hijo, herido por nuestros pecados, te has dignado regalarnos misericordiosamente infinitos tesoros de amor, te pedimos que, al rendirle el homenaje de nuestra piedad, manifestemos también una conveniente reparación. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R./ Amén.

Bendigamos al Señor.

R/. Demos gracias a Dios.

«Tu fe te ha salvado.

Vete en paz y queda curada de tu enfermedad». Mc 5, 34

**"Tu fe te ha salvado.
Vete en paz y queda curada de tu enfermedad".**

Marcos 5, 34

Para más información:
Grupo Sagrado Corazón de Jesús,
sagradocorazondejesus.valencia@gmail.com